PROSTITUCIÓN Y HOMOSEXUALIDAD:
INTERPELACIONES DESDE EL MARGEN EN
EL VAMPIRO DE LA COLONIA ROMA DE LUIS ZAPATA

POR

BLADIMIR RUIZ
Carnegie Mellon University

He was *not* Christian, *not* natural, *not* manly, *not* a woman, *not* of the heterosexual's country or region or continent, *not* human, *not* animal, *not* even to be named. Jeffrey Weeks

Epilépticos, hippies, madres solteras, locos, homosexuales, delincuentes, prostitutas, gitanos, vagabundos, drogadictos y alcohólicos, sordomudos, tísicos, varones exhibicionistas, enanos, tullidos, leprosos, sífilíticos, anarquistas y en general todas las mujeres; así como aquéllos cuyas taras no son tan visibles pero que por haberse convertido en sus propios jueces, se autoexcluyen de la sociedad de los normales, como por ejemplo los impotentes, las frías, los que se creen cobardes, inconstantes o perezosos, los pecadores, los tímidos, los cortos de pene. Más de media humanidad. Media humanidad que no se ajusta en su conducta, en sus sentimientos o en sus actitudes a la norma establecida por la clase dominante. Media humanidad que se siente culpable por haber transgredido la norma o se siente anormal, o enferma, o tarada [...] Para todos ellos hay reservado un espacio: cárceles, reformatorios, hogares, hospitales, ghettos, comunidades, sanatorios, casas de templanza donde se les etiqueta, diagnostica, clasifica, donde se les rehabilita, restablece o reforma, para que una vez expiados, limpios, ordenados y disciplinados se puedan integrar al sistema o, en caso contrario, ser segregados y hasta eliminados físicamente.

Discernir en torno a la otredad se ha convertido en una suerte de moda dentro de los estudios culturales (así como hablar de estudios literarios parece haber perdido vigencia). La teoría y la crítica posmodernas han configurado un espacio en el cual el discurso del otro —¿debería más bien decir *sobre* el otro?— adquiere no solamente voz sino, al menos aparentemente, cierto aire de autoridad, por no decir de respetabilidad (bien es sabido que la primera no necesariamente implica la segunda).¹ La estrategia supone un abandono de

¹ En un corto pero sugerente artículo, Gregory Bredbeck plantea con un dejo de comicidad que “the homosexual and the postmodernist have been sleeping together a lot lately. And yet, as with much intercourse, the experience has been less than fully pleasurable”(254). De acuerdo a sus planteamientos,

posturas epistemológicas tradicionalmente vistas como hegemónicas ante el acercamiento a posiciones percibidas como periféricas en un intento no sólo por dejar que sus discursos adquieran visibilidad y con ello textualidad, sino por problematizar la recepción interpretativa de dichos discursos.

Dentro de esta llamémosla apertura democrática, las voces de las mujeres, de los grupos étnicos oprimidos, de los homosexuales y las lesbianas entran a la arena de la lucha significativa e interpretativa con no pocos problemas. El primero de ellos (y no me interesa aquí hacer una lista) probablemente tiene que ver con la configuración de una narrativa de la identidad (o con la problematización de la misma) que dé cuenta de la manera cómo dichos grupos se perciben y de cómo han sido percibidos. Se trata, pues, en cierta forma, de textualizarse en función de una agenda propia (muchas veces en conflicto interno) y de revisar las lecturas de las que han sido objeto. Esto nos introduce en una segunda instancia problemática: cómo estos discursos son leídos. Si en términos generales la lectura de textos tiene como resultado último su interpretación (y el término texto adquiere aquí un significado amplio: textos culturales, no necesariamente literarios), entonces hay que tomar en consideración que la construcción de sentidos que todo proceso interpretativo implica está determinada y condicionada por la situacionalidad del ente que interpreta; es decir por el lugar desde donde se lee. Prueba de ello, innecesario casi decirlo, es la inmensa polémica que rodea a todos estos discursos de la otredad. El discurso crítico feminista, por ejemplo, se enfrenta a una gran cantidad de “lecturas” dentro y fuera de sí mismo. Algo similar — demasiado similar diría yo — sucede con el discurso crítico homosexual. En ambos casos nos encontramos con posiciones que dialogan contradictoriamente ante la construcción de identidades esencialistas. Igualmente, ambos discursos polarizan las respuestas en torno a la caracterización del mundo en posiciones binarias. Asimismo, por dar un ejemplo más, se polemiza en torno a la posibilidad de dar cuenta de la problemática de estos grupos a través del lenguaje dado que éste parece contener en sí mismo su represión. En todo caso, en lo que a este trabajo se refiere, me interesa revisar algunos aspectos relacionados con el discurso de ese otro — el homosexual — del que ahora parece hablarse con insistencia, o, mejor dicho, ese otro que comienza a ser leído de diferente manera, usando para ello una novela escrita por un homosexual sobre las vicisitudes de un personaje también homosexual (¿serán estos dos aspectos relevantes a la hora de etiquetarla como novela homosexual?): *El vampiro de la Colonia Roma* de Luis Zapata y las reflexiones de numerosos críticos, la mayoría de ellos inscritos en los llamados *Queer Studies*.² En síntesis, trataré de explorar, a través de las

el homosexual y el posmodernista pueden tener un coito más placentero “if we view homosexuality not as sexuality but as an epistemological conditionality —that is a set of conditions, propositions, discourses, and assumptions that delineate a field of significance” (Bredbeck 254-255). Su conclusión, no deja de ser un tanto efectista: “postmodernism is *always already* homosexual” (255).

² Los *Queer Studies*, vistos como movimiento académico, señalan Stein y Plummer, están indirectamente relacionados con el surgimiento de grupos activistas cada vez más visibles (como *ACT UP*, *Queer Nation*) durante la década pasada. Siguiendo la línea de exposición de estos críticos, puede simplificarse la agenda de los *Queer Studies* de la siguiente manera: “(1) a conceptualization of sexuality which sees sexual power embodied in different levels of social life, expressed discursively and enforced through boundaries and binary divides; (2) the problematization of sexual and gender categories, and of identities in general. Identities are always on uncertain ground, entailing displacements

experiencias de un personaje absolutamente marginal como Adonis, el vampiro nocturno, protagonista de la novela de Zapata, un individuo en situación de orfandad, ubicado en la parte baja de la escala socioeconómica, homosexual y entregado a la prostitución, cómo el autor indaga en cuestiones que van desde la conceptualización misma de la identidad sexual (con la problematización implícita en esta configuración), la incorporación de nuevos sujetos sociales —a través de una inversión de valores en torno a la homosexualidad y la prostitución— a la ideología capitalista de la productividad, la creación de una “comunidad imaginada” gay (la hermandad “gaya” de la que habla el narrador-protagonista), espacio simbólico y utópico donde desaparece la diferencia, y, finalmente, el tema de la interpelación al lector en estos tiempos de aparente apertura posmoderna.

El acercamiento tanto a esta novela como a la crítica misma se me presenta como un universo de interrogantes: ¿qué pasa cuando un texto como el que nos ocupa se erige como un objeto cultural que desde su posición autoritaria invita a lecturas (por no hablar de reacciones) diferentes basadas ya no en la pérdida de centralidad significativa del discurso mismo, sino en el hecho de que interpela por lo menos a dos lectores virtuales: uno heterosexual y uno homosexual? La pregunta, así planteada, es susceptible de ataques argumentativos pues no solamente está planteada en términos de esencialismos, sino que además establece de entrada una división muy discutida y para muchos cancelada. ¿Tiene sentido plantear esta discusión todavía en términos de un binarismo? ¿Es posible hablar de la existencia del homosexual como sujeto que construye su identidad a partir de su “orientación sexual”, o más bien debemos cancelar propuestas como ésta y circunscribirnos a la llamada crítica de la identidad y entonces ubicar la homosexualidad en terrenos de la construcción cultural? ¿Debemos hablar de una identidad homosexual en un intento homogeneizante de claras connotaciones hegemónicas o es imperativo en este caso el reconocimiento de identidades múltiples condicionadas todas ellas por la experiencia y variables de clase, género, cultura, etc.? Estas son sólo algunas de las muchas preguntas que me planteo en relación a este tema de muy escasa bibliografía en lo que a crítica latinoamericana se refiere. Obviamente no espero dar respuestas a todas ellas; probablemente no lo haga realmente en ninguno de los casos. Aún así, lo que más me interesa es proponer una discusión frecuentemente cancelada y/o evadida, y cuando es planteada, como en el caso del feminismo, aparece marcada por la retórica del esencialismo.

La novela de Luis Zapata nos ubica rápidamente dentro de la discusión que me planteo —la cuestión de la identidad homosexual— en tanto su protagonista, Adonis, se autoidentifica como tal y a su vez elabora una red clasificatoria que deja al descubierto no solamente los distintos grados de homofobia patentes dentro del sujeto homosexual (o al menos, para relativizar, de uno como el Adonis vampiro) sino también la presencia de una necesidad de

of identification and knowing; (3) a rejection of civil-rights strategies in favor of a politics of carnival, transgression, and parody which leads to deconstruction, decentering, revisionist readings, and an anti-assimilationist politics; (4) a willingness to interrogate areas which normally would not be seen as the terrain of sexuality, and to conduct queer ‘readings’ to ostensibly heterosexual or non-sexualized texts” (Stein 134). Todo aparece “sexualizado” para los teóricos de este tipo de estudios (más aún: “heterosexualizado”), de allí que parte de la estrategia tenga que ver con un ataque directo a la heterosexualidad.

catalogar el mundo homosexual a partir de una posicionalidad que deja entrever los distintos grados de aceptación que las distintas identidades homosexuales tienen dentro de la ideología hegemónica del sistema heterosexual patriarcal. Así el vampiro habla de *bugas* (que no siempre son *bugas* del todo: “¿quiénes son *bugas* del todo?” se pregunta retóricamente entreabriendo la puerta para la configuración de una identidad bisexual no reconocida), de las *locas* que juegan, según él, siempre el rol pasivo en la dinámica sexual y que, para colmo, desprestigian a los que llama, tercera categoría, “homosexuales de corazón”, renglón en el cual se incluye, quienes, dice, “no tenemos que andar gritando a los cuatro vientos que somos putos” (41) y de *gayos* (castellanización del *gay* anglosajón) que apunta, según estudios como el de Epps a la noción de entes que intercambian indistintamente los roles de pasivo y activo (categoría en la cual también se incluiría).

Adonis se auto-define, en este segmento, como un “homosexual de corazón” y, a su vez, define a otros, también como homosexuales —las locas— pero diferentes a él. De igual manera, a medida que la narración del protagonista se desarrolla, descubrimos otros tipos: el homosexual entregado a la prostitución, los pasivos (o *bottoms*, usando el argot norteamericano, los que son penetrados en el coito anal), los activos (*tops*, los que penetran), o, como ya se apuntó antes, los gayos o internacionales (aquellos que juegan indistintamente estos dos últimos roles en la relación sexual). Lo interesante de este proceso de catalogación de lo que él cree ser y de cómo son los demás es que Adonis se ubica, a lo largo de la obra, en distintas categorías. Así, si bien es un “homosexual de corazón” (*straight-acting*), porque no “(de)muestra” su homosexualidad (de allí la importancia de reconocer sus marcas culturales), en otras ocasiones resalta el hecho que es un homosexual activo; más tarde, reconocerá los placeres de la “pasividad” y su “identidad” homosexual recatará esta versatilidad. Por supuesto, el hecho que más subraya es su rol de homosexual entregado a la prostitución callejera. De todo esto se desprende algo en torno a la constituciones de identidades sexuales (y de identidades en general): no es posible hablar de identidades fijas, unívocas, estables.³

En esta dirección el debate dentro de la crítica homosexual (o *Queer Studies*) señala que la entrada triunfal de la homosexualidad al dominio de la significación textual y a su consiguiente constitución social trae consigo el que sea sujeta a lo que Lee Edelman llama en *Homographesis* “una dispersión metonímica que posibilita el que sea leída dentro de casi cualquier cosa” (Edelman 6). Así, plantea, el terreno de la sexualidad no solamente se presenta bifurcado ante la obvia presencia de esta nueva “práctica”, sino que dentro del espacio de la significación, la homosexualidad viene a representar la permeabilidad

³ Steven Epstein habla de identidades ego y de identidades secundarias. La primera de ellas “is a socialized sense of individuality, an internal organization of self-perceptions concerning one’s relationship to social categories, that also incorporates views of the self perceived to be held by others” (267). Las subsidiarias vendrían a constituirse a través de categorías como clase, ocupación, raza, género, sexualidad, etc. Lo más importante, concluye, es que la relación entre estos dos tipos de identidades “is an interactive one, in which all subsidiary identities are integrated into a relatively coherent and unique life history” (256). Por su parte Dorenkap y Henke hablan de la necesidad de negociar subjetividades, visto esto como “an extraordinary complex and mobile process, and the product will necessarily not be fixed but simultaneously unified and in parts, coherent and incoherent” (3).

potencial a la que todo significativo sexual está expuesto de ser invadido por una suerte de significación extraña, otra. En otras palabras, una vez que la sexualidad puede ser leída e interpretada bajo la luz de la homosexualidad, se inaugura lo que bien podría llamarse una hermenéutica de la sospecha. De allí la importancia de inscribir —escribir— y caracterizar la diferencia homosexual, de hacer, nuevamente en palabras de Edelman, del homosexual un ente distintiva y legiblemente marcado.⁴

La inscripción cultural de la homosexualidad implica, asimismo, una desconstrucción de la lógica binaria de la diferencia sexual en la cual se basa la construcción simbólica de las identidades. De igual manera, perturba —por no decir que rompe— la estabilidad cognitiva que estaría implícita —y fundada— en la percepción misma de la diferencia. El problema es que si bien rompe un binarismo, también es cierto que inaugura otro: heterosexualidad/homosexualidad (bipolaridad que excluye, como bien puede apreciarse, las diferentes identidades bisexuales). Ante esta división binaria las posiciones son encontradas. Por un lado se ubican los que rescatan el carácter estratégico de esta división (establecida, se aclara, desde la heterosexualidad) en tanto posibilita la percepción de un grupo —en este caso el homosexual— como un bloque si se quiere uniforme y homogéneo y en consecuencia con una historia también monolítica (se podría hablar así de comunidad, por ejemplo). Irónicamente es esa pretendida homogeneización de la diferencia la que es atacada por quienes consideran que tal división “is a bit too neat for its terms, and unable to contain them” (Dorenkamp 2). Más aún, estos autores sostienen que es posible situarse en una posicionalidad gay o lesbiana pero sólo en determinados contextos. Es decir, no es posible ser solamente un hombre gay o una lesbiana. Al respecto concluyen, citando a otro crítico, Katie King: “Other differences that cannot be imagined as opposites may be as salient or more salient: race, class, nationality, language, religion, ability. All suggests that sexualities are too plural, too politically granulated to be named in a gay/straight division” (Dorenkamp 2).

Volviendo a la novela, Adonis, por supuesto, no está consciente de las implicaciones ideológicas de ninguna de sus afirmaciones; de allí que no pueda ver que como “homosexual de corazón”, como él insiste en catalogarse, no puede equipararse a otros “homosexuales de corazón” que se enfrentan a problemas similares (relativos a configuración de identidades) desde situaciones diferentes, tanto socioeconómicas como raciales y culturales, lo que define un horizonte de posibilidades totalmente distinto. Igualmente es incapaz de visualizar que esa clasificación valorativa que hace del grupo homosexual que conoce se inserta contradictoriamente en los ejes de poder que sustentan su propia discriminación. En efecto, Adonis no es más que otro ejemplo de la manipulación ideológica que sufren diferentes sujetos de grupos oprimidos al imitar y repetir discursos que nacen desde posiciones centrales y hegemónicas con la finalidad de sustentar un orden que requiere de este tipo de segregación.

Así, su desprecio por las locas refleja una posición cultural que sitúa la masculinidad en una posición privilegiada y autoritaria. Dicho de otra manera, las locas son despreciadas,

⁴ En la introducción a *Negotiating Lesbian and Gay Subjects*, sus editores exponen que “the privileging of (homo) sexuality as a category of critical understanding must not exclude consideration of other markers by which we situate ourselves and are situated in the world” (Dorenkamp 1-2).

bajo el discurso de Adonis, por su “abierto” homosexualidad (es decir, por no ocultar la marca de la que deberían avergonzarse), por su falta de masculinidad (un hombre, aunque homosexual, es un hombre; esto es, “esencialmente” debe mostrar las condiciones que lo constituyen como tal: fuerza, virilidad, ademanes toscos, escasa sensibilidad), por su pasividad a nivel sexual (en ese sentido la pasividad, para Adonis, tiene que ver con una feminización vergonzosa; por otro lado, es importante resaltar que bajo el universo del protagonista todas las locas —por el solo hecho de ser locas— son pasivas).

Esa insistencia del protagonista en relación a las “marcas” que hay que ocultar pone en evidencia la fuerza ideológica de los valores centrales que sustentan la sociedad heterosexual patriarcal. En estrecha conexión con estas observaciones, Edelman sostiene que el posicionamiento histórico de la categoría del “homosexual” textualiza la identidad varón como tal y la sujeta al requerimiento enajenante de ser leída; así, la masculinidad sufre la amenaza de ser despojada de su estatus privilegiado como posición paradigmática del yo masculino auto-evidente. Ante este nuevo contexto este yo debe demostrar su evidencia propia, debe representar su propia diferencia de aquélla del hombre gay que sería percibida como una masculinidad derivativa o artificial (Edelman 12). Ante semejante contexto social, sostiene, el homosexual debe soportar el estigma de escribir según (y desde) su propia identidad (aceptando la idea de una identidad homosexual o, mejor aún, de una única identidad gay) e incluso desde la misma expresión de su anatomía como resultado de un proceso que niega la posibilidad de asignar una masculinidad común. De allí se concluye que la necesidad de establecer claras y diferenciadas categorías entre homo y heterosexualidad tiene que ver con inscribir la primera dentro de la lógica binaria de un principio heterosexual dominante que requiere de la configuración de identidades esenciales y en oposición dual. La homosexualidad, así, es vista como una categoría interruptora, que crea diferencia y heterogeneidad dentro de lo que quiere y debe ser percibido como lo mismo, lo homogéneo, amenazando la supuesta coherencia interna de las identidades sexuales (o sexuadas) que el orden de la heterosexualidad requiere (Edelman 14).

En este sentido, la homosexualidad es constituida como categoría en tanto nombra una condición que debe ser representada como determinada, marcada, legible, precisamente porque amenaza con borrar el carácter mismo de la construcción de identidades.⁵ Debe, entonces, ser metafórica en términos de condición esencial, de orientación sexual, como una manera de contener los efectos de su perturbadora fuerza desorientadora.⁶

⁵ Dorenkamp y Henke resaltan que el proceso de construcción de la subjetividad realmente está constituido por una red en la cual la especificidad de la experiencia y el contexto cultural e histórico en el cual ésta se da juegan un rol central. De allí el peligro de “jerarquizar” las diferencias puestos que estas especificidades se perderían y estos contextos serían ignorados. En última instancia, de lo que se trata aquí es de “to challenge and reject the notion of a monolithic homosexual identity” (Dorenkamp 2).

⁶ Dentro de la deconstrucción que los postulados de los *Queer Studies* hacen de la institución de la heterosexualidad se encuentra la visión de ésta como un “highly unstable system, subject to various slippages, reliant upon carefully constructed individual performances of identity, and dependent upon the exclusion of homosexuality for its very identity” (Stein 135). En la misma onda argumentativa Judith Butler (citada por Stein y Plummer) que: “That heterosexuality has been always in the act of elaborating itself is evidence that is perpetually at risk, that is, that it ‘knows’ its own possibility of being undone” (Stein 135).

De todo lo dicho se desprende que hay una correlación entre el proceso a través del cual se construye la homosexualidad como sujeto de discurso, como categoría cultural acerca de la cual uno puede pensar, hablar o escribir, y el proceso de representación del sujeto homosexual como ser, como un cuerpo que demanda ser leído en su identidad misma, como un cuerpo en el cual su sexualidad otra aparece inscrita. De allí la imperativa necesidad de exponer y reconocer las marcas textuales de la diferencia homosexual, necesidad acrecentada ante la posibilidad de que ésta permanezca sin marcas, sin posibilidad alguna de ser detectada y por consiguiente perturbar la estabilidad de los paradigmas a través de los cuales la diferencia sexual puede y debe ser interpretada y la diferencia genérica debe ser impuesta y reforzada. Más aún: según Foucault la homosexualidad se convierte más que en marca en “la raíz de todas las acciones”. En tal sentido, arguye que durante el siglo XIX el homosexual:

became a personage, a past, a case of history, and a childhood, in addition to being a type of life, a life form, and a morphology, with an indiscrete anatomy and possibly a mysterious physiology. Nothing that went into his total composition was unaffected by his sexuality. It was everywhere present in him: at the root of all his actions because it was their insidious and indefinitely active principle (Foucault citado por Edelman 7).⁷

El desprecio que el protagonista de la novela de Zapata muestra por cierto tipo de individuos —las locas, e indirectamente, los pasivos— deja entrever las contradicciones propias de todo proceso discriminatorio: por un lado, Adonis desvía hacia otros la discriminación de la que él es objeto ante la constante simplificación que de la homosexualidad hace el discurso heterosexual; por otro, nos revela uno de los aspectos más terribles de la opresión: como mecanismo de control y marginación tiene una gran fuerza alienadora. De allí que podamos ver opresión dentro de la opresión: no es igual la discriminación que enfrenta Adonis que la que debe vivir René (quien es rechazado incluso “desde adentro”). Y hasta ahora solamente estamos en terrenos de la sexualidad; como bien puede imaginarse el panorama se complica aun más si añadimos otras variables: no es lo mismo “ser” una loca de clase media alta, que una de barrio; una intelectual que una sin educación alguna; una loca blanca que una negra. Desde otro ángulo, el rechazo de este grupo de homosexuales —tanto desde como fuera de la homosexualidad— bien podría estar motivado por lo que algunos críticos llaman una “misoginia desplazada”.⁸

⁷ Jeffrey Weeks, en torno a la regulación de la que la sexualidad ha sido objeto expone: “Most works on the history of sex tend to concentrate on the major forms of sexual experience to the exclusion on the minority forms. This is not surprising given the centrality in our society of the great rituals of birth, maturation, pair-bonding, and reproduction. But to ignore extra-marital, non-reproductive, non-monogamous, or even non-heterosexual forms is to stifle an important aspect of our social history. Nor indeed are they independent aspects. The regulation of extra-marital sex has been a major concern for the forces of moral order throughout the history of West, whether through the canonical controls of the church over adultery and sodomy in the medieval period, or the state’s ordering of prostitution and homosexuality in the modern” (Weeks 41).

⁸ Bersani acuña este último término, aunque en realidad lo toma de Simon Watney (autor de *Policing Desire*), para definir la violencia en contra de lesbianas y de hombres gays. Esta “misoginia desplazada” sería entonces “a hatred of what is projected as ‘passive’ and therefore female, sanctioned

En *El Vampiro* Adonis revisa constantemente sus vivencias y el posible significado de muchas de ellas, y en esa revisión que el protagonista hace de sí mismo y de su experiencia, consciente de ser sujeto y objeto de su propio discurso y a sabiendas igualmente de que es el objeto del escrutinio de otro (no olvidemos que el personaje está narrando su “testimonio” a otra persona dentro del texto), podemos dar cuenta de un submundo que como espacio de la otredad —de esa otredad— parece regirse y regularse de una manera también otra. Así, nos movemos con Adonis a través de espacios ciudadanos controlados por la experiencia misma del deseo, por la búsqueda constante de un placer que se retroalimenta en el placer mismo, con el goce de un cuerpo que reconoce en este placer el único objeto digno de intercambio. Adonis, después de su iniciación en el sexo entre dos cuerpos plantea lo siguiente: “me di cuenta o a lo mejor eso fue después de que la vida vale únicamente por los placeres que te puede dar que todo lo demás son pendejadas y que si uno no es feliz es por pendejo” (45). Desde esta perspectiva estamos ante una afirmación del poder del cuerpo como un espacio en donde se configura una “identidad natural”, una construida, reconocida y actualizada constantemente por el reconocimiento del cuerpo mismo como lugar en donde el placer es potencial y concretamente producido y recibido, un cuerpo desde donde se redimensionan las percepciones de las relaciones de poder en tanto se visualiza a sí mismo como explotador/explotado. Desde esta óptica estaríamos ante la supuesta materialización de una de las percepciones negativas del homosexual.⁹

Desde otra óptica, estaríamos ante un acto transgresor: frente al principio de la productividad capitalista se opone el principio del placer. Estas reflexiones se conectan con las afirmaciones de críticos como Guy Hocquenghem y Leo Bersani quienes rescatan la fuerza liberadora y transgresiva del deseo homosexual. El primero de ellos sostiene que “our desires continuously call for new sustenance (hence our notorious sexual ‘instability’). The whole world is not too wide for us [...]” (Hocquenghem 244). Bersani, por su parte, aclara que en lugar de disculparse por su promiscuidad y su incapacidad para mantener relaciones amorosas, o de —como consecuencia del horror generado por el SIDA— dar la bienvenida a la monogamia, los hombres gays “should resist being drawn into mimicking the unrelenting warfare between men and women” (Bersani 258).

Mas esta oposición (productividad capitalista vs principio del placer), demás estaría decirlo, no es absoluta dentro de la novela: en todo caso, para Adonis el talonear es “su verdadera vocación”, su profesión, a través de ella produce y consume. Producción y consumo que deben verse en una suerte de dialéctica si se quiere paródica. Produce en tanto el sexo es percibido como un negocio que le ofrece una remuneración material concreta por medio de la cual participa activamente —en su medida, claro está— en la sociedad de

by the subject’s heterosexual drives” (Watney citado por Bersani 261). Por supuesto, semejante desprecio aplica también para los homosexuales quienes viven sujetos al universo ideológico predominantemente hegemónico: heterosexual, patriarcal. De allí el parentesco demasiado cercano entre homofobia y misoginia.

⁹ En *Gaiety Transfigured*, David Bergman plantea que mucha de la literatura escrita por homosexuales ha presentado la vida gay como depresiva, marginal, como una experiencia vacía dominada por la violencia, las drogas, el alcoholismo, la pobreza y la prostitución (Bergman 7). Es decir, se funda una retórica de la degradación y la desesperación.

mercado en la que se encuentra. Pero más allá de este hecho si se quiere obvio está el que los cuerpos con los cuales consigue la satisfacción de su deseo se constituyen en sus verdaderos objetos de consumo diario.

El dinero, por su parte, se convierte en una suerte de fetiche contradictorio: es el medio que le permite sobrevivir dentro de un contexto limitado materialmente y, desde otra óptica, se constituye en un espacio simbólico para la parodia. Parafraseando lo planteado por Claudia Schaefer-Rodríguez en su artículo sobre el discurso utópico homosexual en la literatura mexicana contemporánea, en *El Vampiro* hay una obvia parodia de la ética del trabajo-negocio característica del sistema capitalista puesto que el principio de acumulación de capital a través del trabajo aparece revertido: mientras más trabaja Adonis en las calles, menos acumula y menos satisfecho se siente. Insatisfacción ésta que lo lleva a reconocer cómo es precisamente ese enfoque en el dinero lo que lo lleva a alejarse de la felicidad verdadera. De igual manera, si bien muchas veces deja escapar su descontento ante el hecho de que la búsqueda de remuneración lo aleja de su objetivo fundamental en sus encuentros sexuales —la experiencia del placer—, plantea deseos de otra índole: poder tener un teléfono propio, comer en restaurantes lujosos, invitar a sus cuates, etc. En cualquiera de los casos, una de las facultades de Adonis es la de neutralizar estas contradicciones al ubicarlas en consonancia con el terreno del deseo. De allí que en lugar de comprarse el teléfono se decida por una motocicleta cuya adquisición es revisada como una posibilidad de mejorar, ampliar y perfeccionar sus métodos de levante. Ya no talonea; ahora con la ayuda de la velocidad puede entrar en una relación más armoniosa con el ambiente modernizado del México de los setenta y esto va a reflejarse en un cambio de estatus. Ahora es una presa más atractiva y en consecuencia de mayor precio.

La prostitución, otro elemento central dentro de la novela, no aparece atravesada por fuertes cargas negativas. Adonis reconoce en ella “su profesión”, lo único que realmente sabe hacer bien. Además, destaca el hecho de que muy pocas personas tienen la posibilidad de disfrutar de la manera en que él lo hace de sus trabajos. La prostitución se erige no solamente como una ocupación como cualquier otra (a través de ella Adonis se inserta en el mercado y en el consumo capitalistas), sino también como el medio a través del cual el protagonista entra en contacto con un submundo en el cual se mueve placenteramente, con una “comunidad” que le da el sentido de pertenencia que la ciudad (la otra ciudad, la de los horarios diurnos, la de los asalariados) le niega. Descargada de connotaciones peyorativas, la prostitución de Adonis, narrada con una naturalidad encantadora y rescatada a través de esa narración como un medio más (en realidad, según el sistema de valores de Adonis, un medio mejor: en ella las reglas del juego son más o menos claras, los roles son negociados de una manera más flexible, los individuos que en ella participan son más “honestos” y el placer casi siempre está presente) de interaccionar socialmente se constituye en un elemento discursivo transgresor en tanto neutraliza (más que invertir) los valores que tradicionalmente la descalifican. Transgresión que es potenciada si tomamos en consideración el no tan simple hecho de que en última instancia se está rescatando ya no la prostitución en sí misma, sino fundamentalmente la prostitución *homosexual*.

La ciudad de México, sobre todo las Colonias Roma y Cuauhtémoc, es presentada como un gran parque que posibilita numerosas dinámicas sexuales. Las esquinas más transitadas tienen la marca del “taloneo”, los cines posibilitan el intercambio placentero de

caricias en complicidad y bajo el resguardo del anonimato, y los baños públicos son el espacio del juego, de la curiosidad, del encuentro igualmente anónimo de deseos. El submundo de los baños públicos es, para Adonis, el lugar de la aceptación sin límites, el terreno en el cual se borran las fronteras de clase erigiéndose en una suerte de espacio de la utopía igualitaria: “hay [en los baños] muchísima cooperación entre todos ¿ves? como si todos fueran iguales ahí las clases sociales se la pelan al sexo ¿verdad? y todos cooperando para que todos gocen” (160). Su fascinación por la ciudad, por supuesto, tiene que ver con que ésta se le presenta como “la ciudad más cachonda del mundo la que más se prestaba a coger o sea a que uno cogiera ¿verdad? la que más favorecía las este relaciones sexuales [...] cada rinconcito tenía un encanto muy particular muy sexual era maravilloso podías coger todo el día” (159). Ese submundo que este vampiro describe es una especie de zona de liberación, de terreno neutral en donde estas dinámicas sexuales otras pueden desarrollarse bajo el signo de la aparente libertad. Y esa fascinación por la ciudad que describe, tiene su correlativo en el encanto que encuentra en la gente que la ocupa: “la gente de ambiente se entiende era muy curioso porque todo el mundo era cuate de todo el mundo o sea todos conocían a todos y todos se protegían se ayudaban era como una gran hermandad gay” (165). De allí que el protagonista proponga la idea de comunidad, una conformada por individuos unidos por el mismo tipo de deseo, aunque éste se manifieste de diferentes maneras, un espacio simbólico en el cual se borran las diferencias que lo constituyen en sujeto constante de discriminación. La comunidad gay de la que habla Adonis es una en la cual desaparece, al menos dentro del espacio gobernado por el deseo, la diferencia de clase, de etnia e incluso muchos de los límites que el mismo protagonista, contradictoriamente marca dentro del texto (los gustos sexuales, los distintos grados de “masculinidad”, etc.).

La novela de Zapata habla explícitamente de situaciones y prácticas *otras* con una naturalidad y muchas veces con un nivel de descripción sorprendentes. Ese rescate de la sexualidad en cualquiera de sus manifestaciones (¿debería hablar de sexualidad homosexual?) es otro de los elementos de mayor carga transgresora del texto. Adonis no pide nunca disculpas por tener un deseo que muchos calificarán de insaciable. Reconoce su incapacidad de satisfacerse en y con un solo cuerpo. Enarbola constantemente un discurso en el cual la consecución de la felicidad tiene que ver fundamentalmente con la posibilidad de saciar su deseo, uno que se retroalimenta constantemente, uno a través del cual constituye su identidad última, la de vampiro.

Adonis impone en su narrativa lo que yo llamaría un discurso de la sinceridad: hablar clara y abiertamente de todo, sobre todo de su sexualidad, burlándose muchas veces de sí mismo, y casi siempre de los demás. En el análisis que hace de su experiencia opone su moral honesta (al menos desde su punto de vista) a una moral otra que él percibe como hipócrita, una que enmascara y aprisiona los verdaderos deseos, una moral contradictoria que establece una distancia entre lo que se dice y lo que se piensa, entre lo que se hace y lo que se quiere, o, lo que es peor según sus valores, en lo que se dice que se hace. Para él, todos los demás tienen una doble moral, una constituida fundamentalmente a través de la cancelación o represión del deseo. De allí que sostenga que “siempre hay algún azotado a reprobarte [...] a criticarte a censurar lo que a ti te gusta hacer siempre hay alguien más amargado que tú a quien le gustaría hacer lo que tú haces pero le faltan huevos” (165).

Obviamente la lectura de un texto como éste nos hace conscientes de estar ante una visión del mundo muy diferente que condiciona toda la narración. Y en este punto en particular es en donde el problema de la interpelación adquiere proporciones fundamentales, porque es en el encuentro entre el sistema de valores propuesto por el texto y el incorporado por el lector (quien, por supuesto, no es un ente neutral) en donde se materializan las tensiones implícitas en los procesos de interpelación e interpretación, y el lugar mismo de la enunciación. Todo texto interpela de muy distintas maneras, pero éste en particular problematiza el proceso mismo en tanto interpela a unos con mayor dificultad que a otros. Por un lado está la interpolación al heterosexual. Y uno no puede menos que preguntarse, ¿a cuál de ellos? ¿Al homofóbico recalcitrante que leerá el texto para reafirmar, ante la constatación de sus ideas, los prejuicios que lo llevan a rechazar violentamente esta sexualidad otra, evaluada como perversa, enferma, degenerada? ¿Al “intelectual abierto” que dentro del espacio de la academia mira condescendentemente y con “tolerancia” a un otro que dice no criticar, pero que irrespeta profundamente con esa muchas veces fingida *political correctness*? ¿O a aquél que ni siquiera se detendrá a analizar la problemática homosexual que el texto maneja porque con mencionarla tendrá suficiente?¹⁰ Lo mismo vale para las distintas homosexualidades interpeladas. ¿Presupone el texto un lector homosexual en condiciones de otredad exactamente iguales a las del sujeto enunciativo? Obviamente no. Si esto es así, por ejemplo, ¿cómo lee este texto un homosexual dentro de la academia y cómo uno fuera de ella? ¿Y cómo se lee desde las bisexualidades?

Todas estas preguntas me devuelven al comienzo mismo de estas reflexiones. Como bien apunta Brad Epps, hablar de la homosexualidad parece ser todavía un problema. Para los heterosexuales —y permítanme mi insistencia en el binarismo— porque, entre otras razones, se enfrentan bajo el signo del temor a semejante problema. Para los homosexuales, porque constituyen el problema en cuestión. Evidentemente el texto propone, en un intento de simplificación políticamente estratégico, un nosotros homosexual (Adonis y todos los lectores que al menos en terrenos de la identidad sexual puedan decir algo similar) que, aunque no es homogéneamente recibido, se diferencia sustancialmente de un ustedes heterosexual (los lectores —dejemos de lado las identidades bisexuales— que se ubiquen inmediatamente en terrenos de la heterosexualidad). Que el nosotros del texto sea estudiado desde el ustedes de la recepción no deja de ser inquietante y problemático. Y es conflictivo por una razón de aparente sencillez: los distintos niveles de identificación del sujeto receptor de este discurso del/sobre el otro van a implicar una respuesta crítica que se orientará hacia diferentes direcciones. Pero en cualquiera de los casos, mas allá de la posicionalidad misma del interpelado por el texto del/sobre el otro, está la contradicción implícita en la imposibilidad de escuchar al marginal desde posiciones hegemónicas por cuanto desde ellas

¹⁰ Esta pregunta cobra relevancia si se toma en consideración que parte de una experiencia concreta. En un seminario de posgrado en el cual se discutía la novela, uno de los participantes intervino diciendo que el elemento homosexual no era lo más relevante en la novela dado que lo transgresor en ella era el tratamiento de la prostitución y la exploración de ciertos espacios marginales de la ciudad. Es este tipo de desplazamientos lo que ponen en evidencia muchas veces no solamente la imposibilidad concreta de acercarnos al otro, sino fundamentalmente el hecho simple que en el proceso de interpretación textual “leemos” lo que nos interesa leer, el resto es desplazado al espacio de lo no pertinente (o de lo *impertinente*).

nace una producción autoritaria de significados, discursos críticos como éste, por ejemplo, que desde la centralidad hegemónica heterosexual, aparentemente desplazada en estos tiempos posmodernos, permiten fantasear con la posibilidad de un espacio transgresor, contrahegemónico, que en su misma configuración implica la presencia de un juego de poderes en el cual la hegemonía aparece potenciada: sólo así podemos hablar de la diferencia.

BIBLIOGRAFÍA

- Bergman, David. *Gaiety Transfigured. Gay Self-Representation in American Literature*. Madison: The University of Wisconsin Press, 1991.
- Bersani, Leo. "Is the Rectum a Grave?" *Reclaiming Sodom*. Jonathan Goldberg, ed. Nueva York: Routledge, 1994. 249-264.
- Bredbeck, Gregory. "The Postmodernist and the Homosexual". *Postmodernism Across the Ages*. Bill Readings and Bennet Schaber, eds. Syracuse, NY: Syracuse University Press, 1993. 254-259.
- Covarrubias, Alicia. "El vampiro de la Colonia Roma, de Luis Zapata: La nueva picaresca y el reportaje ficticio". *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 39 (1994): 183-197.
- Dorenkamp, Monica y Richard Henke (eds.). *Negotiating Lesbian & Gay Subjects*. Nueva York: Routledge, 1995.
- Edelman, Lee. *Homographesis. Essays in Gay Literary and Cultural Theory*. Nueva York: Routledge, 1994.
- Epps, Brad. "Estados de deseo: Homosexualidad y nacionalidad (Juan Goytisolo y Reinaldo Arenas a vuelapluma)". *Revista Iberoamericana* LXII/176-177 (1996): 799-820.
- Epstein, Steven. "Gay Politics, Ethnic Identity: The Limits of Social Constructionism". *Forms of Desire. Sexual Orientation and the Social Constructionist Controversy*. Edward Stein, ed. Nueva York: Routledge. 1992. 239-294.
- Goldberg, Jonathan. *Reclaiming Sodom*. Nueva York: Routledge, 1994.
- Hocquenghem, Guy. "Towards an Irrecoverable Pederasty". *Reclaiming Sodom*. Jonathan Goldberg, ed. Nueva York: Routledge, 1994. 233-246.
- Lumsden, Ian. *Homosexuality. Society and the State in Mexico*. Toronto: Canadian Gay Archives, 1991.
- Schaefer-Rodríguez, Claudia. "The Power of Subversive Imagination: Homosexual Utopian Discourse in Contemporary Mexican Literature". *Latin American Literary Review* 33 (1989): 29-41.
- Schneider, Luis Mario. "El tema del homosexual en la nueva narrativa mexicana". *Casa del Tiempo* 49/50 (1985): 82-86.
- Seidman, Steven (ed.). *Queer Theory/Sociology*. Cambridge, MA: Blackwell Publishers Inc., 1996.
- Stein, Arlene y Ken Plummer. "'I Can't Even Think Straight': 'Queer' Theory and the Missing Sexual Revolution in Sociology". *Queer Theory/Sociology*. Steven Seidman, ed. Cambridge, MA: Blackwell Publishers Inc., 1996. 129-144.

- Stein, Edward (ed.). *Forms of Desire. Sexual Orientation and the Social Constructionist Controversy*. Nueva York: Routledge, 1992.
- Weeks, Jeffrey. "The Construction of Homosexuality". *Queer Theory/Sociology*. Steven Seidman, ed. Cambridge, MA: Blackwell Publishers Inc., 1996. 41-63.
- Westmoreland, Maurice. "Camp in the Works of Luis Zapata". *Modern Language Studies*. 25/2 (1995): 45-59.